

Articoli/4

La explotación laboral femenina en la literatura y ensayo proletarios de la Edad de Plata española

Síntomas de ocaso civilizatorio en

Carlota O’Neill, Margarita Nelken y Luisa Carnés*

Nuria Sánchez Madrid  0000-0003-4273-5948

Articolo sottoposto a *double blind peer review*. Inviato il 28/06/2025. Accettato il 26/11/2025.

THE EXPLOITATION OF FEMALE LABOR IN PROLETARIAN LITERATURE AND ESSAYS OF THE SPANISH SILVER AGE. SYMPTOMS OF CIVILIZATIONAL DECLINE IN CARLOTA O’NEILL, MARGARITA NELKEN, AND LUISA CARNÉS

This article analyses the representation of female labour exploitation in the literature and social essays of three authors from Spain’s Silver Age: Luisa Carnés, Carlota O’Neill, and Margarita Nelken. Through the novel *Tea Rooms* and *Natacha*, the revolutionary dramaturgy of *Al rojo* and the report *The Social Condition of Women in Spain*, the study explores how these authors denounce the economic and sexual precariousness endured by working women. It highlights how each writer, from distinct ideological and aesthetic perspectives, exposes both the structural inequalities of the labour market and the ideological mechanisms that hinder working women’s class consciousness. The article places particular emphasis on the critique of “ideological unconsciousness” and the cultural reproduction of the dominant order, drawing attention to the influence of Marxism, socialist feminism, and political theatre on their work. It concludes with a reflection on the contemporary relevance of these portrayals.

* Este trabajo ha contado con el apoyo de los proyectos *Justice in the XXI Century: A Perspective from Latin America* (JUSTLA) HORIZON-MSCA-2023-Staff Exchanges (101183054), concedido por la Comisión Europea dentro del programa MSCA, y el PR36/24 PHS-2024/PH-HUM-65 4Trust, concedido por la Comunidad de Madrid. Agradezco la atenta lectura y valiosas recomendaciones recibidas de los evaluadores anónimos de la revista *Lo Sguardo*, que me han permitido mejorar la estructura y argumentación de esta contribución.

1. Introducción

Este escrito pretende analizar la constelación de afinidades y discontinuidades que tres intelectuales de la llamada Edad de Plata española muestran en su exploración respectiva de la precariedad laboral y explotación sexual de las mujeres en formatos como la novela social, la dramaturgia y el informe sociológico. Señalaré la proximidad de percepciones sociales e intereses políticos de novelas de Luisa Carnés como *Natacha* (1930) y la más conocida *Tea rooms. Mujeres obreras* (1934), de una obra de teatro como *Al rojo* de Carlota O'Neill y del informe *La condición social de la mujer en España* (1921) con que Margarita Nelken puso en evidencia ante la sociedad española algunas piezas relevantes de la desigualdad estructural del mercado laboral disponible para las mujeres españolas a comienzos del siglo XX. En los tres casos se trata de mujeres militantes en los espacios de izquierdas del Madrid que, especialmente en los casos de Carnés y O'Neill ven con simpatía la sustitución de los rasgos de la «mujer moderna» por los de la «mujer nueva», planteados por Alexandra Kollontai en la obra *La mujer nueva y la moral sexual*, traducido tempranamente al castellano por María Teresa Andrade en 1931. Sin embargo, aun reconociendo la constelación conceptual afín en que se mueven las tres autoras, deseo enfocar que sus obras desarrollan de manera diversa una crítica del «inconsciente político» que subyace a la explotación laboral que las mujeres españolas padecían en las primeras décadas del siglo XX, con reformas sociales pendientes que la Segunda República no pudo o supo abordar. Cifro esta divergencia metodológica en lo siguiente: si bien autoras como Carlota O'Neill parecen adoptar planteamientos dramáticos revolucionarios inspirados en escritos de Erwin Piscator y Rosa Luxemburg, en el caso de Luisa Carnés, que remite a la mencionada Kollontai en varios puntos de su novela más célebre, son dimensiones como la decepción y el luto político las constantes en la mirada que la joven dependienta Matilde dirige a su contexto social y laboral.

Si en el caso de la obra de teatro *Al rojo* la denuncia de un sistema empresarial corrupto como el de la industria de la moda ilumina las formas de explotación que asesinan a mujeres por medio de un trabajo inhumano y entiende que ese contraste entre imágenes que van repartiendo vida y muerte entre los diversos sujetos generará conciencia política en las mujeres sometidas a tal penuria, *Tea rooms* tiene la peculiaridad de ofrecer claves que permiten entender el fracaso de toda revolución obrera en la España de comienzos del siglo XX. Frente a O'Neill, Carnés describe con detalle las contradicciones que atraviesa la experiencia social de las dependientas de un salón de té de moda en el Madrid de los años 30, en las que encuentra obstáculos que impiden generar una movilización sindical capaz de mejorar sus derechos laborales. Una tercera pieza en este análisis la proporciona el estudio social sobre las causas del atraso de la inserción laboral de las mujeres españolas presentado por Margarita Nelken en forma de conferencias en el Ateneo de Madrid a comienzos de los años 20. En este estudio se advierten muchas de las causas estructurales que impiden una entrada digna de la mujer en el mercado de trabajo de la época, entre las que se encuentra la competencia con otras clases sociales superiores, la explotación sexual que se entrecruza con el desempeño profesional en el sector servicios y en no pocas ocasiones la inacción del Estado. Con ayuda del informe de Nelken, al que pondré

en relación con un texto análogo al suyo, como es el estudio sociológico «Los empleados», publicado por Siegfried Kracauer en 1930, mi intención es subrayar cómo, a pesar de su militancia política, la obra de Carnés se desmarca de la creencia ingenua en un levantamiento espontáneo de la población trabajadora femenina para ilustrar más bien muchas de las razones que explican el aislamiento del individuo militante, la fragmentación social que incentiva la industria cultural que ha captado la imaginación de las trabajadoras y también el carácter elusivo de las formas de dominación y explotación que oprimen de manera inclemente sus vidas, especialmente de la mano del «sentido común» que pone en circulación la prensa del momento.¹

2. Exhibir la explotación laboral para generar la transformación revolucionaria

En primer lugar, propongo valorar la expresividad dramática de la explotación laboral y sexual de las mujeres en una obra de teatro como *Al Rojo* (1933) de Carlota O'Neill, estrenada ese año en la sede del Teatro Proletario de Madrid a cargo de la compañía *Nosotros*, un colectivo de actores y dramaturgos cuya finalidad era difundir piezas teatrales procedentes del activismo artístico soviético y asimismo producir obras propias que contribuyeran a generar un tejido movilizador de los trabajadores y trabajadoras españoles. Carlota O'Neill se integra en 1931 – un artículo en *La Voz* del 23 de julio de ese año así lo señala – como secretaria en el espacio de resistencia intelectual que promueve la compañía del Teatro Proletario fundada por el peruano asentado en España, César Falcón, militante del PCE, del que surge la iniciativa de traducir el *Teatro político* de Erwin Piscator, apenas un año tras su publicación en Alemania. Salvador Vila, amigo personal de Unamuno y rector de la Universidad de Granada desde abril de 1936, asesinado al poco de estallar la Guerra Civil

¹ Véase C. Fernández Cordero *Novelas sociales sobre la "cuestión feminista" en los años 20-30*. En *Las mujeres que cosían y los hombres que fumaban. Voces de mujeres trabajadoras en la España de los siglos XX y XXI*, en R. Negrete Peña y C. Somolinos Molina (eds.), Málaga 2022, p. 79: "Tea Rooms tensiona constantemente la contingencia de la realidad mostrando a la vez la posibilidad y la imposibilidad de cambio social para las mujeres de la época. Como sabemos, la República no significó una modificación sustancial para sus vidas, pero, sin embargo, sí configuró un escenario abierto en el que pensar y activar un plan con el que enfrentar el destino escrito y aparentemente inamovible de las obreras" y F. Larraz, 'Tea Rooms'. *Mujeres obreras (novela reportaje)* y *la huelga de camareros de 1933-1934*, «Cultura de la República. Revista de Análisis Crítico», 7, 2023, p. 75, cita este extracto del trabajo de Fernández Cordero para enfatizar la conciencia de Carnés de que las mujeres debían aumentar su autonomía como individuos para que la transformación revolucionaria dejara de ser un mero anhelo sin las necesarias condiciones de materialización. Véase también el artículo de A. Jiménez Díaz, *Fronteras de clase y género en "Tea rooms. Mujeres obreras" (1934) de Luisa Carnés*, «Cuadernos de Aleph», 17, 2024, pp. 80-96 y una publicación que ya es un clásico en la materia de la literatura proletaria española, como es la reedición de la Biblioteca Silenciada a cargo de Gonzalo Santonja, *La novela proletaria (1932-33)*, Madrid, 1979.

Española, cuya esposa además era alemana – Gerda Leimdörfer², se haría cargo de la versión castellana, que tuvo un efecto inmediato en la red de contactos de esta compañía teatral. La simplicidad de los decorados y el protagonismo del discurso, cercano al tono del mitin político, el contraste entre colores como el negro y el rojo, presidieron las escenografías de este colectivo. Es significativo que la primera obra que la compañía puso en escena en septiembre de 1932 fuera el drama pacifista *Hinkemann* del dramaturgo expresionista Ernst Toller, que había traducido al castellano Rodolfo Halffter, siendo invitado el propio autor por esta comunidad teatral para visitar Madrid en los meses anteriores al estreno. La obra denunciaba de manera abierta cómo el cuerpo y la salud de las clases más vulnerables de la sociedad europea se empleaban como «carne de cañón» en las guerras que el capitalismo e imperialismo declaraban sin ningún problema de conciencia. Como había establecido Piscator, el drama debía reflejar la opresión y explotación sufridas por la parte más débil a nivel social y civil, sin ambages retóricas, sino enfatizando la inconsistencia entre las condiciones de una vida digna y un sistema productivo que llevaba aparejada una maquinaria militar mortífera. Desde esa perspectiva dramática, la compañía se propuso resignificar obras cumbre del Siglo de Oro castellano como *Fuenteovejuna* y *El alcalde de Zalamea*.

César Falcón también fundó el semanario político *Nosotros* (1930-32), una cooperativa editorial, desde la que se propiciaba el debate sobre la actualidad social y política y que un juzgado de Madrid incautaría en 1932, previa apertura de un juicio por injurias a su director.³ El recurso a lo que hoy llamaríamos *crowdfunding* – con socios promotores como Margarita Xirgú, Cipriano Rivas Cherif, Manuel Azaña, Julián Besteiro o Jacinto Benavente – permitió que esta publicación sobreviviese, aunque de manera precaria, llegando a representar la obra *Albergue de noche* de Maxim Gorki, traducido por Irene de Falcón, la pareja del director de la compañía. Asimismo, un almacén de maderas de la calle Alcalá se convertiría en la sede permanente de la compañía – llamada ahora Teatro Proletario Revolucionario de Actores Parados – a comienzos de 1933. A finales de ese año, la compañía pondría en escena la obra *La Conquista de la Prensa*, en la que los actores performaban como ‘periódicos vivientes’ la producción de lo que hoy llamaríamos bulos y *fake news* relativos a las reivindicaciones de los trabajadores de la capital.⁴ La actividad de este grupo de dramaturgos y actores continuaría hasta octubre de 1934, fechas tras la que desmanteló debido a la prohibición gubernamental de la formación de asociaciones de partido o

² Solo podemos especular con la hipótesis del grado de implicación de Gerda Leimdörfer en la traducción firmada por su marido, pero cabe esperar que aquel fuera elevado y, como solía ocurrir en la producción cultural y académica en este tiempo, invisible.

³ Una descripción detallada del surgimiento y espacio cultural creado por esta compañía podrá encontrarse en A. Plaza, *El teatro proletario en Madrid. Del grupo Nosotros a la compañía de teatro proletario de César Falcón (1931-1934)*, «Kamchatka. Revista de análisis cultural», 14, 2019, pp. 137-177.

⁴ Sobre estas iniciativas, véase la tesis doctoral de L. Gómez Díaz, *El teatro de vanguardia y agitación popular en Madrid durante la guerra civil*, Tesis doctoral inédita, Madrid 1983.

sindicales obreras, lo que incluía colectivos artísticos como el conformado por el Teatro Proletario. Por otro lado, por mandato del PCE la compañía de Teatro Proletario se trasladaría tras 1934 al País Vasco bajo la dirección de Luis Mussot, un experimentado actor y dramaturgo.

Teniendo en cuenta la amplia e intensa actividad teatral del grupo liderado por César Falcón, mi intención es ofrecer una lectura de la obra *Al Rojo* de Carlota O'Neill, reconociendo en ella no solamente elementos de la pedagogía teatral del teatro proletario abanderada por Piscator, sino también la influencia que en su planteamiento de las patologías sociales y laborales presentes en la trama pudo tener Rosa Luxemburg. La obra tiene la voluntad de ofrecer el mapa de un taller de moda en el que cabe reconocer un auténtico infierno laboral subterráneo por contraste con la superficie del paraíso artificial en que espléndidas y exquisitas modelos muestran la ropa elaborada en el piso de abajo a costa de la salud de las trabajadoras. En el taller situado en el Hades laboral y social que enfoca el drama trabajan a destajo Rosa, una mujer provista de una profunda conciencia de clase, y *la tísica*, una trabajadora anónima que es explotada hasta la muerte durante el desarrollo de la trama y representa a todo un colectivo invisible desde los marcos sociales impuestos por los poderosos. En la obra se alude al hecho de que la explotación sexual se cruza en el camino de algunas mujeres trabajadoras como una seductora vía para la promoción social, que las modelos del piso de arriba encarnan como tipo ideal que sirve de meta aspiracional para algunas de ellas. Por su parte, la jefa del taller se denomina *Madame*, lo que intensifica asimismo la apariencia de la tienda de modas como lupanar tolerado por las autoridades civiles, en la medida en que se trata al mismo tiempo de un espacio de explotación de clase que extrae hasta las últimas energías de los estratos más populares para producir a bajo coste mercancías valoradas y deseadas por las clases más elevadas. La obra se cierra con una escena que confirma que la salvación del sufrimiento social de la clase obrera no puede proceder de la intervención de las instituciones burguesas, toda vez que el pulso entre un médico, escandalizado por el maltrecho estado de salud de la trabajadora tísica, a la que pretende auxiliar y al mismo tiempo denunciar a la empresaria del salón de modas, y un comisario en torno a la vigencia de la ley se salda con la victoria del segundo, a pesar de su asesinato a manos de un motín de obreros que aguarda en el exterior de la tienda, lo que cierra en falso el incidente de la muerte de la mujer tísica, permitiendo que la correlación de fuerzas de explotadores y explotados siga siendo la misma, en beneficio siempre de los primeros.

Es evidente que la obra de O'Neill está sometida a influencias marxistas que tienen especial impacto en la experiencia de la mercancía capitalista como fetiche que impide advertir y reconocer, al encubrirlas, las relaciones sociales que la han hecho posible. En este sentido resulta especialmente orientadora de la propuesta cultural del drama la definición de mercancía ofrecida en el apartado cuarto del primer capítulo de *El capital*, titulado precisamente «El fetichismo de la mercancía y su secreto»:

A primera vista, una mercancía parece un objeto trivial, obvio. De su análisis resulta que es una cosa muy complicada, llena de sutilezas metafísicas y de caprichos teológicos. [...] Es evidente que, con su actividad, el hombre cambia las formas de las materias naturales de una manera útil para él. La forma de la madera se modifica, por ejemplo, cuando se hace de ella una mesa. Esta no deja de ser madera, algo corriente y sensible. Pero en el momento en que se presenta como mercancía, se transforma en un objeto sensible suprasensible. No solo se apoya con las patas en el suelo, sino que ante todas las demás mercancías se presenta patas arriba, y de su cabeza de madera salen caprichos más extravagantes que si se pusiera a bailar.⁵

La comprensión que una obra como *Al rojo* manifiesta tener de este texto fundamental de la teoría marxiana desemboca en una poética con fuertes tendencias expresionistas que se basa en el contraste entre la oscuridad y nocturnidad en que transcurre la explotación obrera frente a la iluminación y promesas de éxito social que desprende la sociabilidad burguesa y plutocrática. Las trabajadoras del taller textil producen esos «objeto[s] sensible[s] suprasensible[s]» que provocan la propia muerte de las «artesanas» que les han dado forma, evidenciando la conversión capitalista de una profesión laboral por otro lado necesaria para la reproducción social, como es la producción de tejidos y vestidos, en un dispositivo de enfermedad y muerte. De la mano de este contraste una autora como O'Neill pretende intervenir en la mente del espectador, al poner ante sus ojos lo intolerable de un orden social que fomenta la producción de productos de lujo para el disfrute de unos pocos al coste de la explotación humana más salvaje, que incluye asimismo la explotación corporal y sexual de los sujetos subalternos. A mi entender, se aprecia un contraste evidente entre la propuesta estética de O'Neill y la que posteriormente analizaremos en Carnés, mucho más centrada en la encarnación de la ideología en mandatos corporales que el sujeto naturaliza, incorporándolos como una «segunda naturaleza» con la que resulta altamente improbable romper, dado que conforma su identidad. Un breve texto de Rosa Luxemburg, de una contundencia literaria admirable, puede iluminar algunos aspectos de la trama de O'Neill que querría destacar en este escrito.

Me refiero al artículo “Navidad en el asilo de noche” (1907), en el que Luxemburg denunciaba la intoxicación masiva de indigentes en la Navidad de ese año en un asilo nocturno de Berlín. Una versión castellana de este artículo de Luxemburg se publicó en la revista *Amauta*, fundada por el socialista peruano Juan Carlos Mariátegui, en 1929, no siendo descabellado que pudiera acceder a ella el circuito de autores y actores proletarios capitaneados por el también peruano Falcón. La denuncia social de Luxemburg establece una relación causal evidente entre la explotación laboral de los varones indigentes intoxicados con aguardiente y arenques en mal estado en una institución pública alemana y la explotación laboral de los trabajadores que en muchos casos acaban su vida en centros como el albergue – espacio que Gorki había empleado asimismo en su producción teatral como expresión de la opresión del proletariado – , una vez

⁵ K. Marx, *El Capital*, libro I, tomo I, trad. de Vicente Romano, Madrid 2000, pp. 101-102.

que la enfermedad o los accidentes les vuelven inservibles para un trabajo físico altamente exigente. De la mano de una extensa cita de Marx a propósito de la manera en que el capitalismo produce exclusión social y destrucción humana, Luxemburg propone una lectura de este modelo económico que enfatiza su exigencia de avanzar por medio de la eliminación de grupos humanos que se escinden de manera implacable de los sujetos considerados funcionales, ya sea en el eje del trabajo o en el de la propiedad que acumulan:

En tiempo ordinario, un cadáver es una cosa muda, sin la menor importancia. Pero hay cadáveres que hablan más alto que las trompetas e iluminan aventajando a las antorchas. Después del combate de barricadas del 18 de marzo de 1848, los obreros de Berlín, levantando en sus brazos los cadáveres de sus hermanos caídos en el curso de la lucha, los condujeron delante del palacio real y obligaron al despotismo a saludar a sus víctimas. Ahora se trata de levantar los cadáveres de los “sans-logis” de Berlín envenenados, que son la carne de nuestra carne, y la sangre de nuestra sangre, sobre nuestros brazos, nuestros millones de brazos proletarios y de conducirlos en la nueva jornada de lucha que se abre ante nosotros, a los gritos mil veces repetidos: “¡Abajo el orden social infame que engendra tales horrores!”⁶

El escrito de Luxemburg preconiza la identificación del lector procedente de la clase trabajadora con los cadáveres de los antiguos obreros, condenados por el desempleo a la protección inclemente de las precarias administraciones públicas de la Alemania del tiempo del káiser Guillermo IV. Podrían ser cualquiera de nosotros, dado que el capitalismo introduce una suerte de ruleta social que juega con los cuerpos y mentes de quienes encuentra en su camino, aunque es cierto que son los proletarios y obreros de ambos sexos quienes sufren al mayor riesgo de ser destruidos por este sistema desbocado de producción de valor y rentabilidad económica. La impugnación de un «orden social infame» debía seguirse de la experiencia que esas muertes gratuitas, evitables, ofrecían al espectador. La propuesta teatral de *Al rojo* incide a mi entender en elementos muy afines a este artículo de Luxemburg, en el que se revela también la estrecha conexión entre estética y política. El discurso sostenido por la obrera textil semi-analfabeta Rosa durante el único acto de la obra insiste en desenmascarar a «los explotadores de carne humana»⁷, que al mismo tiempo reducen a la esclavitud sexual a las mujeres que los burgueses bien situados socialmente eligen como presa en sus visitas a la casa de modas. De hecho, una de las antiguas trabajadoras del local – Charito – visita a sus antes compañeras para exhibir ante ellas la fortuna que ha cosechado gracias a su dote para el cálculo social, que le ha permitido hasta comprar un teatro en el que se representan piezas costumbristas, de mero entretenimiento burgués, en las que ella misma actúa y que la han convertido en «la vedette de moda»⁸. Este personaje representa la traición a su

⁶ R. Luxemburg, *Navidad en el asilo de noche*, «Amauta», 22, 1929 [1907].

⁷ C. O'Neill, *Al Rojo, El Paraíso perdido y Paraíso recobrado*, ed., pról. y notas de Rocío González Naranjo, Madrid 2021, p. 73.

⁸ C. O'Neill, *Al Rojo, El Paraíso perdido y Paraíso recobrado*, p. 66.

propia clase que se produce en tantos sujetos, que encuentran más facilidades para abandonar las filas populares con el fin de situarse al nivel del opresor. En el caso de la mujer este camino está atravesado por la aceptación de la prostitución y la complicidad en la explotación cultural de la clase obrera como medio de promoción económica.

A pesar de estas manchas puntuales – que Carnés presentará como medioambiente circundante de la protagonista de *Tea rooms* –, las intervenciones breves y contundentes de Rosa dibujan un mundo al revés, en el que la Madame, que mantiene escondidas en un antro insalubre a sus trabajadores, las amenaza con que la ley está de su lado en caso de verse menoscabada la productividad de la empresa debido a las enfermedades o accidentes semejantes de sujetos que ha deshumanizado hasta límites inimaginables. En este contexto de opresión cultural y explotación laboral Rosa identifica la complicidad de la prensa en la dominación impuesta por la burguesía sobre la clase trabajadora, de la mano de la detención de su propio compañero, al que los periódicos ha presentado como fabricante de bombas confeso:

¡Los periódicos! ¡Los polizontes! Todos al servicio de la burguesía, que es la que les paga. ¡Miserables! Después de apalear bárbaramente a un hombre, hasta el punto de convertirle el cuerpo en una masa informe de sangre, sometiéndole a tormentos inquisitoriales. El «tercer grado», lo llaman internacionalmente, ya veis si está generalizada su aplicación. La víctima confiesa. ¡No ha de confesar! Y firma lo que a sus artimañas burguesas conviene. ¡Para aniquilarlos!⁹

La importancia del «cuarto poder» en la conformación de un «sentido común» que se encarga de legitimar la explotación de clase y de género aparecerá con fuerza también en la novela *Tea rooms* de Carnés, pero a una luz distinta de aquella con que comparece la prensa adherida a los intereses de los empresarios en O'Neill. Esta última construye escenas en que no hay mediación posible entre la perspectiva del sujeto dominador y del dominado, de suerte que solo el horizonte práctico de la movilización estará en condiciones de modificar la vida de las trabajadoras de la fábrica semiclandestina e insalubre que se extiende en las tripas de una sociedad opulenta en virtud de la explotación de otros. En efecto, la descarga de una bala que asesina al policía que cómplice con la Madame da órdenes de que la trabajadora fallecida sea llevada a su casa, con el fin de eliminar todo rastro de responsabilidad del taller en su muerte, hace gritar a la Madame que la Revolución se encuentra a las puertas de su casa. Rosa, por su parte, exhorta al resto de trabajadoras a salir al encuentro de «los nuestros», ante la evidencia de que la revolución proletaria ha comenzado. Sin embargo, distintas fuerzas se daban cita en la sociedad española de ese momento para retrasar en el mejor de los casos esa insurrección popular, una realidad que la novela de Luisa Carnés expone con una pluma que en ocasiones recuerda al escalpelo.

⁹ *Ibid.*, p. 58.

3. Las causas de la explotación laboral de las mujeres. Un ensayo sociológico de Margarita Nelken

En esta sección me ocuparé de reunir las miradas que Nelken y Kracauer dirigen a la realidad cotidiana de las jóvenes trabajadoras de ciudades como Madrid y Berlín en las primeras décadas del siglo XX, al entender que ofrecen datos relevantes para calibrar la desmovilización política de las dependientas de un salón de té reflejada por la novela central de Carnés. Margarita Nelken, una intelectual y política de izquierdas imprescindible para entender la cultura española de la Edad de Plata, dedicó a finales de los años 10 unas conferencias en el Ateneo de Madrid a exponer las causas – administrativas, legales, ideológicas – que explicaban el atraso laboral de la mujer española. Entre otras cuestiones, abordaba el daño causado a la condición de la mujer trabajadora por damas que ofrecían sus servicios por amor al arte. En este sentido, la pluma de Nelken identifica en las bordadoras que no discuten los precios de los encargos, en las fabricantes de bolsos, carpetas y accesorios a ratos perdidos, y en la profesora de piano o francés que enseña por afición o para distraerse, unas competidoras desleales para aquellas mujeres que en cambio sí precisaban de una actividad profesional para mantenerse. Ejemplos como los precedentes frenaban la regularización del trabajo femenino y su protección legal de la mano de medidas como la «semana inglesa», mediante la que las mujeres tenían derecho a librar no solo el domingo, sino también el sábado, con el fin de contar con un legítimo descanso, dado que el presunto descanso dominical lo dedicaban por lo general a realizar las tareas domésticas atrasadas.¹⁰ Dado el desorden normativo en que se encontraba la legislación laboral femenina a comienzos del siglo XX, Nelken afirma sin ambages que «[e]n España solo pueden ganarse la vida como empleadas aquellas precisamente que no necesitan ganársela».¹¹

El estudio social de Margarita Nelken analizaba otras fuentes de tensión del trabajo feminizado. La empleada española – mecanógrafas, tenedoras de libros, cajeras, dependientas – era un agente social dócil, que no se rebela ante las peores humillaciones para «no descender del todo», es decir, temeroso por las consecuencias que pudieran derivarse de por ejemplo un compromiso político abierto:

La empleada española, mujer, muchacha, mejor dicho, de la más humilde clase media o de clase artesana algo elevada, es, por excelencia, el ser más pasivo del universo. Acostumbrada, si es burguesa, a toda especie de miserias, casi siempre a reveses de

¹⁰ M. Nelken, *La condición social de la mujer en España*, Madrid 2012, pp. 76-77.

¹¹ *Ibid.*, p. 64: «¿Qué sucede con este sistema? Pues que en España solo pueden ganarse la vida como empleadas aquellas precisamente que no necesitan ganársela o por lo menos que no necesitan ganársela “por completo”, es decir, aquellas para quienes su sueldo significa únicamente “una ayuda”; pero como al dueño de un comercio o al jefe de una oficina les ha de tener seguramente su cuidado el porqué del trabajo de sus empleados y que solo mirarán su propia conveniencia, preferirán, desde luego, una empleada que trabaje poco menos que de balde que no un empleado que exija por su trabajo una razonable retribución».

fortuna, sin los cuales nunca hubiera tenido idea de trabajar, considera su empleo, por ínfimo que sea, como una inesperada salvación, algo así como un premio cuya conservación debe cuidarse por encima de todas las contingencias.¹²

El informe de Nelken repara, pues, en la socialización que se produce en las mujeres, especialmente las de extracción media-baja y empleadas en el sector servicios, en los espacios de trabajo, de suerte que la mayoría de ellas se conforman con la administración de una precariedad de la que únicamente podía escaparse mediante el matrimonio o la prostitución, caminos ambos cuyas causas sociales Nelken analizará con bastante detalle. Los contextos que explora ponen el foco sobre la desigualdad de condiciones entre la empleada doméstica, interna en una familia que le ofrece techo y comida, aparte de los 30 reales de sueldo habituales, comparada con las dificultades para subsistir de jóvenes que con un sueldo menguante debían hacer frente a las exigencias de alojamiento y manutención en una gran ciudad como Madrid.¹³ El informe de Nelken identifica en el peso de la educación religiosa en las mujeres uno de los motivos de su debilidad política, que no solamente refuerza una opinión pública desinteresada con respecto a las normativas laborales, sino también una conflictiva convivencia con los compañeros varones en las fábricas. En relación con esta doble presión, Nelken señala que la población española seguía considerando a las leyes laborales como favores y prebendas, en lugar de «como obligaciones del patrono y de la colectividad»¹⁴ Por otra parte, expone cómo en una fábrica de curtidos de Zaragoza los varones solicitaron mediante una huelga el despido de las compañeras mujeres, al considerar que la sumisión de estas impedía una adecuada negociación sindical¹⁵, una conducta insolidaria que manifestaba no preocuparse en absoluto por la ignorancia que esas mujeres

¹² *Ibid.*, pp. 66-67.

¹³ *Ibid.*, pp. 62-63: «[L]a mujer empleada es siempre, en España, siempre y en todos los casos, la paria. Dejando a un lado a las telefonistas, que cobran ¡dos pesetas diarias! Y eso después de sufrir un examen de admisión y de esperar plaza durante años y años; dejándolas, pues, a un lado por ser ellas únicas, y volviendo a las empleadas en competencia forzosa con sus compañeros, tenemos a las dependientas de comercio, y a las mecanógrafas, tenedoras de libros, etc. Salvo en algunos casos – podrían contarse con los dedos de una sola mano y su misma excepcionalidad hace que sean de todos conocidos por eso mismo – esta clase de empleados, naturalmente la más numerosa, tiene en Madrid unos sueldos que rechazaría con indignación cualquier «treintarrealera» que viene a servir y llega del pueblo, pues esta, por escaso que sea su sueldo, recibe además alojamiento y manutención. En Barcelona, la recientísima instalación de algunas casas norteamericanas que, siguiendo en España la costumbre de su país, retribuyen a sus empleados y empleadas indistintamente con el mismo elevado sueldo, comienza a iniciar un cambio en los sueldos femeninos, cuyos beneficios podrán apreciarse muy en breve. Pero ¡en Madrid! (y quien dice Madrid dice, con más fundamento todavía, en las poblaciones de provincia en donde se emplean mujeres, que son relativamente pocas), en Madrid, salvo, repito, en esas cuantas casas “excepcionales”, las empleadas cobran sueldos que varían entre quince y cincuenta pesetas mensuales. Sí; una mujer empleada en una oficina o en un comercio madrileño tiene que vivir, es decir, alimentarse, pagar casa, luz, etc., y por añadidura, estar decorosamente vestida y calzada, con uno de estos sueldos».

¹⁴ *Ibid.*, p. 79.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 64-65.

tenían de sus derechos, que esos mismos varones podrían haber contribuido a reparar con las deseables iniciativas surgidas del propio tejido obrero.

Otra cuestión en la que se detiene de manera prolija Nelken se refiere a las hijas de médicos y militares como un grupo social especialmente expuesto a las promesas de promoción social que ofrece la prostitución no callejera. De hecho, considera a estas jóvenes de extracción social media-alta como las víctimas más propicias de la explotación sexual, justamente porque son las más socializadas en un afán de promoción social que el trabajo a su alcance no puede satisfacer:

¿De dónde provienen la mayoría de las prostitutas españolas? Las de más alta categoría, ya hemos visto que en gran parte de la clase media; muchachas, cuya educación no se ha preocupado de proporcionarles un medio de vida y que el día que necesitan bastarse a sí mismas se lanzan o caen poco a poco en la prostitución como el único modo de vida que se les ofrece.¹⁶

Este diagnóstico social de Nelken escandalizó profundamente a la sociedad biempensante de la época, que se cebó con la autora de la mano de un ostracismo que le cerró las puertas, por ejemplo, de espacios en principio simpatizantes con la emancipación femenina como el *Lyceum Club*, impulsado en 1926 por la insigne pedagoga María de Maeztu. Sin embargo, todo el diagnóstico de Nelken de los males que aquejan a la mujer trabajadora española encaja con piezas clave de la trama de la novela *Natacha* (1930) de Luisa Carnés, cuya protagonista – Natalia Valle –, pseudónimo periodístico de Carnés, encarna una ilusión de emancipación femenina mediante el trabajo que se ve decepcionada desde el momento de su temprana inserción laboral en una fábrica textil. La amargura de ver arruinadas sus esperanzas de autonomía la conducen, tras no pocas dudas y reticencias, a convertirse en amante del capataz de la fábrica en que trabaja – don César – para huir de la falta de expectativas en que transcurre su vida y así poder salir de la indigencia, viajar y tener acceso a distintos bienes de consumo a los que aspira. El personaje de Natacha, rebautizada así por un pretendiente amante de la literatura rusa, expresa en las páginas de esta novela de Carnés una trampa ampliamente extendida en la sociedad urbana española, que tiene como reverso la captura del varón como sustento de un hogar seguro. Esta contracara que remite al sacrificio y padecimiento de los varones bajo un régimen patriarcal es un elemento importante para el análisis de la literatura interesada por denunciar la dominación que caracteriza a los usos amorosos vigentes en la Edad de Plata. En efecto, una novela de Nelken – *La trampa del arenal* (1923) – narra las desventuras que Luis – el protagonista – padece, al sentir que está echando a perder su vida de la mano de su matrimonio con Salud, al que compara con la gratificante relación de amistad y complicidad que mantiene con Libertad, sin ser capaz de dirimir este conflicto que siente como un desgarramiento interior. Nelken, entre cuyas aficiones se encontraba la historia del arte, identificar la situación de Luis, dividido entre el compromiso y atracción que siente hacia ambas mujeres,

¹⁶ *Ibid.*, p. 120.

con la figura de un hombre que el protagonista contempla habitualmente en una ilustración doméstica, en la que un individuo se hunde en los arenales del Mont Saint-Michel sin poder ponerse a salvo. Leemos en la novela de Nelken que el personaje retratado en aquella imagen pone «la planta en una de las trampas disimuladas por una naturaleza cruel, y se sumerge luego lentamente, hundiéndose más a cada esfuerzo que hace por salvarse». ¹⁷ En el caso de Luis las trampas son sociales y, por tanto, reversibles, aunque la tendencia de la población española de aquel tiempo tienda a la adaptación y a la claudicación frente a los imperativos morales. Resulta de interés advertir cómo el feminismo de Nelken articula el destino del varón con el de la mujer en la sociedad de la España de comienzos del siglo XX. Se nos lanza el mensaje de que únicamente uniendo sus esfuerzos varones y mujeres se verán en condiciones de dignificar sus vidas. La convivencia con Salud manifiesta que Luis se siente reificado, reducido a un mero medio de subsistencia y estatus, de manera que los marcos morales le impiden romper esa relación sellada por el matrimonio. Por su parte, Libertad, en la que podemos encontrar una contracara de la Natacha de Carnés, se siente impotente para transformar el itinerario vital y afectivo de Luis, al que se describe en consonancia con la imagen del hombre hundido que mencionábamos antes:

Él también se había enterrado en vida, y todos sus esfuerzos por salvarse solo habían servido para hundirle más. Él también, como aquel paseante de los arenales que agitaba convulsivamente los brazos por encima de su mueca de horror, había puesto inocentemente el pie en la trampa, y se había encontrado código para siempre en su martirio. Y todo esfuerzo había de ser inútil. ¹⁸

Esta trama novelística ilustra en Nelken la vertiente poética de una realidad social impenitente, a saber, la explotación erótica recíproca de mujeres y varones, atravesada por un desequilibrio claro, pero que no solo perjudica a las primeras. La imposición de nuevos valores en la práctica normativa constituía a ojos de la autora madrileña un factor clave para modificar una opinión pública despreocupada por la suerte laboral de las mujeres españolas y por el sufrimiento social que la precariedad y la explotación llevaban aparejadas. Pero junto a la legislación laboral y sus efectos era preciso indagar también el uso del tiempo libre habitual entre las mujeres obreras y dependientas que Nelken enfocaba en su informe. Ese fue el marco desde el que el sociólogo Siegfried Kracauer desplegó las páginas de su ensayo *Los empleados* (1930), que muestra claras afinidades con el ensayo de Nelken y la narrativa de Carnés. En la línea que más adelante desarrollarían Horkheimer y Adorno en *Dialéctica de la Ilustración*, Kracauer se detenía en describir cuáles eran los espacios, imágenes, películas y canciones que seducían especialmente a las mujeres una vez finalizada su jornada laboral. El balance no era alentador, toda vez que las prácticas de ocio se mostraban como la mejor correa de transmisión de la explotación sufrida en el espacio laboral. Lejos

¹⁷ M. Nelken, *La trampa del arenal*, Madrid 2000, p. 213.

¹⁸ *Ibid.*, p. 214.

de abrir una brecha en la dominación, la cultura popular suministraba piezas que hundían aún más a las jóvenes trabajadoras en la realidad de la explotación como único destino posible. La narrativa de Carnés planteará en este sentido una contraposición de la estética de la «mujer moderna» desde las coordenadas de futuro de la «mujer nueva», preconizada por feministas del bloque soviético como Alexandra Kollontai, que analizaremos en la próxima sección.

El informe de Nelken se centra en puntos ciegos de alcance normativo que podrían transformar de manera sustancial la existencia de las trabajadoras españolas, si bien atiende de manera más oblicua a la plasmación de un sentido común que se desentiende de las causas del progreso civil en la sociedad española. Por su parte, el ensayo *Los empleados* (1930) de Kracauer se detiene en los mecanismos que perpetúan la dominación de los empleados berlineses en los espacios de ocio. Citando a políticos socialdemócratas como Otto Suhr – autor del informe *El nivel de vida de los empleados*, Berlín, 1928 – , Kracauer expone la elevada inversión económica que los empleados urbanos dedicaban a sus «necesidades culturales». Siendo la mayoría de origen modesto, el lujo de las grandes tiendas – esos «asilos para desamparados» – y la dispersión de los productos de entretenimiento ejercían sobre ellos el poder de un canto de sirena, cuya dispersión salvaba del sufrimiento ligado a la concentración en sus verdaderos problemas. La luminosidad capitalista no hacía sino incrementar las tinieblas en que transcurría su existencia social, al desmovilizar a esta masa de trabajadores carentes de toda conciencia de clase.¹⁹ Resulta especialmente revelador el retrato que el sociólogo alemán suministra de una joven empleada de extracción obrera berlinesa, que podemos conectar con las estampas de Nelken sobre las trampas que dificultaban el camino de las jóvenes empleadas madrileñas del mismo momento histórico:

Recuerdo a una muchacha a quien sus amigas llamaban «Heimchen». Heimchen era una hija de proletarios que vive en el barrio de Gesundbrunnen y que trabaja en la oficina de registros de una fábrica. La magia de la vida burguesa la alcanza precisamente bajo su forma más sórdida, y ella acepta sin pensar todas las bendiciones que se filtran desde arriba. Es característico de ella que, en el salón de baile o en el café del suburbio, no pueda escuchar una pieza musical sin ponerse a tararear de inmediato las canciones de moda correspondientes. Pero no es ella la que conoce todas las canciones, sino las canciones la conocen a ella, la capturan y la asfixian suavemente. Permanece en un estado de anestesia general.²⁰

Heimchen podría recordar a muchas de las mujeres españolas que Nelken y Carnés reflejan en sus respectivos escritos. Explotada por actividades laborales que les ofrecen sueldos precarios, su ocio se encuentra asimismo colonizado por las mismas fuerzas que las explotan en el entorno de trabajo, lo que debilita de manera radical el asociacionismo que había caracterizado a temporalidades

¹⁹ S. Kracauer, *Los empleados*, trad. cast. de M. Vedda, Barcelona 2008, pp. 206-208.

²⁰ *Ibid.*, pp. 176-177.

históricas precedentes.²¹ La proliferación de estos perfiles sociales matiza los planteamientos de la militancia trabajadora, al situar el conocimiento del obstáculo interior por delante del mensaje movilizador y la creencia en la tendencia natural a la colectivización de los malestares laborales. La exploración del capitalismo como segunda naturaleza conforma así un programa de teoría crítica de la sociedad que prioriza el conocimiento de las trampas éticas y epistémicas del sujeto trabajador frente a una asunción ingenua de su plena disposición a ser emancipado de los grilletes de la dominación.

4. *Tea rooms*. La novela del «inconsciente ideológico» de las empleadas madrileñas de los años 30

Como han señalado en la última década destacados especialistas como Antonio Plaza y David Becerra²², conviene no integrar automáticamente a una novelista como Luisa Carnés en el espacio cultural burgués de la llamada Generación del 27, en la medida en que se trata de una escritora que por de pronto elabora su obra desde su propia experiencia de explotación laboral. Una novela como *Tea rooms* no debe, por tanto, entenderse como un mero retrato de la precariedad laboral que golpeaba a las mujeres de la década de los 30 en una ciudad como Madrid – como ha señalado en varias intervenciones públicas David Becerra – , sino más bien como un reportaje literario y sociológico acerca de los motivos que retrasaron o directamente impidieron la insurrección popular de la masa trabajadora, en buena parte debido a la naturalización de las formas de vida capitalista que acompañaban a la llamada «mujer nueva», que los personajes de Laurita y Marta representan en la obra. En esta sección me centraré en la potencia del marco ideológico como factor inconsciente que domina la existencia de los sujetos y en la contribución de la mayoría de la prensa de los años 30 en el encubrimiento de los motivos subyacentes a las reclamaciones laborales de un colectivo explotado como los camareros y trabajadores del sector de la hostelería en aquel tiempo en la capital. Considero que la combinación de ambas dimensiones permite reconocer la especificidad que caracteriza a la narrativa de Carnés.

De extracción social popular y familia numerosa, Luisa Carnés había trabajado como niña obrera desde los 11 años en una fábrica doméstica de sombreros, más tarde como mecanógrafa en la editorial Compañía Iberoamericana

²¹ Remito aquí a mi estudio comparativo de *Tea rooms* de Carnés y *La tribuna* de Pardo Bazán en Sánchez Madrid, *Explotación laboral, conciencia de clase y género en la literatura española de la Edad de Plata: la mujer trabajadora en La tribuna de Emilia Pardo Bazán y Tea rooms de Luisa Carnés*, «Bajo Palabra. Revista de Filosofía», 33, pp. 191-218.

²² Véase. I. Olmedo Muñoz & A. Martínez Fernández, *El sentido radicalmente histórico de Luisa Carnés. Entrevista a David Becerra*, «Cultura de la República. Revista de Análisis Crítico» (CRRAC), 7, 2023, pp. 235-241 y L. Carnés, *Tea rooms. Mujeres obreras*, epílogo de A. Plaza, Oviedo 2016, pp. 207-250.

de Publicaciones (CIAP), que pronto entraría en quiebra, periodo en el que Carnés encontraría trabajo como camarera en un salón de té y continuaría trabajando como periodista y escritora independiente. Hablamos de un tiempo en que la mujer ganaba por lo general un tercio menos que el varón, como han puesto de manifiesto los estudios de Rosa Capel y Gloria Nielfa sobre el mercado laboral y la legislación correspondiente con que las españolas contaban a comienzos del siglo XX. La novela *Tea rooms* se inserta en una red cultural movilizadora por el programa de una revolución proletaria como la desplegada en la Unión Soviética, desde la que llegaban asimismo propuestas contundentes de transformación de la identidad femenina, como todo el discurso en torno a la «mujer nueva» de Kollontai, sin duda conocido para Carnés, cuya pareja – Ramón Puyol – trabajaba asimismo en CIAP como ilustrador de obras literarias procedentes del entorno revolucionario soviético que en los años 30 se estaban difundiendo entre el público español, de la misma manera que películas como *El acorazado Potemkin*. En un contexto en el que se parte del contraste entre la desmovilización de las mujeres de la clase trabajadora frente a los ejemplos alentadores de obreras de fábrica que sí conforman entornos colectivistas sólidos, la novela de Carnés no deja de dar cuenta de un imaginario de consumo capitalista que allana simbólicamente y coloniza la subjetividad e imaginario práctico del sujeto. En ese sentido, cabe encontrar en sus páginas una estética de la impotencia que contrarresta las pretensiones de una libertad cartesiana y aspira a fortalecer la noción de crítica social y emancipación laboral. Frente a las ensoñaciones de una libertad trascendental del sujeto, independiente de los diferentes contextos sociales, Carnés ofrece la enciclopedia de una *doxa* ideológica que suele ser elusiva y hurtarse como objeto de conocimiento. Se trata de un punto ciego que podría llevarnos a la definición althusseriana de la ideología:

La ideología es, sin duda, un sistema de representaciones, pero estas representaciones, la mayor parte del tiempo, no tienen nada que ver con la «conciencia»: son la mayor parte del tiempo imágenes, a veces conceptos, pero, sobre todo, se imponen como estructuras a la inmensa mayoría de los hombres sin pasar por su «conciencia». Son objetos culturales percibidos-aceptados-soportados que actúan funcionalmente sobre los hombres mediante un proceso que se les escapa. Los hombres «viven» su ideología como el cartesiano «veía» o no veía (si no la fijaba) la luna a doscientos pasos: en absoluto como una forma de conciencia, sino como un objeto de su «mundo» – como su «mundo» mismo (trad. NSM).²³

Las dependientas de la novela, con la excepción de Matilde, que curiosamente lleva el nombre de una de las ‘mujeres nuevas’ a las que Kollontai pone como ejemplo de libertad de género, se muestran como modelos de falsa conciencia, cuyos deseos – por decirlo con Kracauer – no son tanto suyos, sino más bien expresión de la posición subordinada y dependiente en que las quiere ubicar un sistema económico que las explota y únicamente les permite participar de la fiesta capitalista en la medida en que las expropia de buena parte del sueldo

²³ L. Althusser, *Pour Marx*, París 1965, pp. 193-194.

que su trabajo merecería y les inculca un deseo mimético de consumo. El rasgo que más me interesa subrayar con respecto al marco ideológico que denuncia la obra es su carácter elusivo y encarnado en prácticas y hábitos con los que el sujeto solo puede romper tras haber experimentado todo un proceso de duelo y negación, como ha ocurrido con la joven Matilde.²⁴ Uno de los aspectos que se carga especialmente de contenido ideológico, por su capacidad para evidenciar el poder que los marcos y normas capitalistas tienen sobre la identidad de las mujeres españolas en busca de trabajo en una ciudad como Madrid, es el cuerpo, en el que Carnés parece delimitar un plano elocuente de la violencia ejercida por el mercado sobre los sujetos. Un pasaje como el siguiente nos pone sobre la pista de esa retórica no verbal de la corporalidad sometida de la trabajadora:

Antesalas frías. Mujeres de los más varios tipos y edades. Zapatos deteriorados debajo de los bancos o sillas; zapatos impecables, pierna sobre pierna. «Pase la primera». A esa voz, los zapatos torcidos avanzan rápidos, suicidas, mientras que los zapatos impecables subrayan un paso estudiado, elegante.²⁵

El pasaje pone el foco sobre la indumentaria como elemento que permite discernir entre los empleadores, toda vez que la escena presenta un local en que se producen entrevistas de trabajo, donde se aprecia qué mujer necesita el empleo para sobrevivir y cuál recurre a él como un mero pasatiempo. Se trata de uno de los problemas principales que Nelken había identificado como causa del atraso endémico de la mujer trabajadora en España, a saber, la competencia desleal con que mujeres con recursos se introducían en el mercado de trabajo que otras más vulnerables necesitaban como medio de vida. La forma de vestir evidencia el poder adquisitivo del sujeto, una información que no puede no incidir en la inserción laboral de las mujeres que carecen de medios para vestir de manera adecuada. La precariedad material impacta, pues, sobre la socialización y suscita el temor a la exposición a los demás, lo que determina la preferencia del clima frío, que invita a ocultar el cuerpo, frente al caluroso, pues este último pone de manifiesto de manera inclemente una desigualdad económica que los cuerpos se ven forzados a exhibir de manera pública:

La mujer rica desea el estío, que le permite cultivar su fina desnudez. La pobre lo teme. La pobre ve con temor la proximidad de los días radiantes de ese sol enemigo que descubre el zapato informe, que ilumina cada deterioro del atavío con la previsión del reflector a la estrella. La mujer pobre ama el invierno, aunque el agua le entumezca los

²⁴ Véase la definición de “ideología” que Juan Carlos Rodríguez ofrece en J. C. Rodríguez, *De qué hablamos cuando hablamos de literatura*, Granada 2022, pp. 37-38: «[La ideología] se convierte así en el aire que respiramos. A eso aludimos para hablar de inconsciente ideológico. Un diagrama que nos pigmenta la piel, desde el que surge todo (del beso al vestido), y que determina todas nuestras acciones y nuestras producciones textuales. La ideología no es, pues, un puñado de ideas políticas o un mero enmascaramiento fantasmático de lo real. El nivel ideológico de cualquier sociedad es tan real como el nivel económico o el político. Pero del mismo modo que es real es a la vez falso y verdadero, consciente e inconsciente, visible e invisible. Es en este sentido, pues, en el que hablamos también de inconsciente ideológico».

²⁵ L. Carnés, *Tea Rooms*, pp. 11-12.

pies. En el invierno, la gente camina deprisa – cada uno a lo suyo – . Hace demasiado frío para fijarse en los demás.²⁶

Los pasajes anteriores evidencian que la voz de la conciencia de Matilde no es cualquiera. Las reflexiones que la acompañan ponen de manifiesto que su percepción de la correlación de fuerzas que habitan el espacio laboral y el civil es sumamente perspicaz, dado que la joven tiene como meta una transformación social que procede de la Unión Soviética y que incide en todos los aspectos de la existencia de la mujer. En este sentido, Matilde no está sometida a las veleidades afectivas de sus compañeras más jóvenes, pues para empezar «ha visto de cerca, ha «tocado» la tragedia del hogar».²⁷ Esa tragedia consiste en el cruce de reproches recíprocos entre los cónyuges que arruinan la vida matrimonial y en el desprecio masculino al trabajo doméstico, completamente devaluado e invisibilizado, al entenderlo como un deber propio de la mujer. Por otra parte, frente a sus compañeras más maduras, como Antonia, Matilde se ha emancipado con respecto al freno que la religión introduce en lo que podría ser una resignificación de la experiencia de explotación que padecen las dependientas del salón de té, sometidas a una cadena de mando que el dueño de la tienda – llamado habitualmente «ogro» en la novela – transmite a través de una encargada que explota a su vez la distancia de clase que su cargo comporta frente al resto de trabajadoras. Tanto las empleadas jóvenes como las más maduras se encuentran ante la mirada de Matilde presas de un «inconsciente ideológico» que aparta de sus cabezas toda perspectiva de unión laboral, lo que refuerza su condición explotada y subalterniza sus deseos bajo la dominación de los intereses de la clase dominante:

Los problemas de orden material (social) no han adquirido bastante preponderancia entre el elemento femenino proletario español. La obrera española, salvo contadas desviaciones plausibles hacia la emancipación y hacia la cultura, sigue deleitándose con los versos de Campoamor, cultivando la religión y soñando con lo que ella llama su «carrera»: el marido probable. Sus rebeliones, si alguna vez las siente, no pasan de momentáneos acaloramientos sin consecuencia. Su experiencia de la miseria no estimula su mentalidad a la reflexión. [...] [L]a reflexión la hace fatalista.²⁸

La falta de una cultura laboral y política adecuada a sus intereses convierte a las empleadas del salón de té en víctimas fáciles de un sistema que se sirve de ellas para aumentar su tasa de ganancia, manteniendo la amenaza de la reivindicación obrera muy lejos de lo que parece hacedero para este colectivo. La religión, el consumo, la promesa de un «buen partido» para las más jóvenes, ocupa la conciencia de estas mujeres y les aparta de la huelga convocada por los trabajadores del sector hostelero que generó preocupación y no poca alarma social con la complicidad de la prensa del momento en el periodo en que Carnés

²⁶ *Ibid.*, p. 21.

²⁷ *Ibid.*, p. 130.

²⁸ *Ibid.*, p. 43.

elaboró la novela. El capítulo 16 se hace eco de los desórdenes provocados por los piquetes de esta huelga, que entran educadamente en el salón para invitar a los trabajadores a que se sumen a la reivindicación. Carnés subraya la indignación de Matilde al advertir que no es la voluntad política de sus compañeros y compañeras, sino el temor del dueño del salón a sufrir daños materiales que pudiera lamentar, el motivo que finalmente los envía a sus casas, dando orden de cerrar el local. Esa evidencia de encontrarse siempre bajo el mando del «amo», obedientes a él y sus intereses, sacude a Matilde, que no puede sino comparar el efecto que un valor como la «solidaridad» podría tener en la existencia de los trabajadores de su espacio laboral:

Matilde preconiza la solidaridad, la unión de los trabajadores. Sin la unidad en la acción no se consigue nada. Ocurre igual con las peticiones de aumento de los salarios, unos son solidarios y otros no; y es natural, en esta situación de cosas, el que habla es el que pierde. Así salen las cosas. [...] Por ejemplo: nosotras, aquí –dice Matilde–, nos pasamos la vida gruñendo por la miseria que ganamos; pero no nos preocupamos por ganar más. Y con hablar por detrás no se arreglan las cosas. Tiene que haber solidaridad.²⁹

La técnica cinematográfica del contraste entre imágenes, que hemos visto en el drama de O'Neill y en el artículo de Luxemburg, no está ausente de *Tea rooms*. Se trata de una operación estética valiosa para despertar la conciencia del lector, al presentar una alternativa a la norma que se considera insuperable. Esa misma operación se utiliza en las últimas páginas de la novela, cuando Matilde sale de la casa en que yace la «mujer moderna» Laurita exangüe, tras habersele practicado un aborto clandestino, asqueada por las explicaciones de la madre de la joven, con las que pretende disculpar toda responsabilidad de una familia honrada en esa «mancha» que amenaza con comprometer su honra. Frente a esa religión que falsea conciencias e impide a las mujeres desarrollar una vida afectiva saludable – una cuestión a la que Nelken había prestado asimismo atención –, Matilde se detiene en la fuerza que desprende una 'mujer nueva', una obrera de una fábrica de galletas que planta cara a las autoridades empresariales, llamando la atención sobre las alternativas que la mujer española tiene ante sí en un espacio temporal que no deja de recordar a la Revolución de Asturias de 1934:

Ha pasado el tiempo en que se consideraba ridículas y hombrunas a las mujeres que se preocupaban de la vida social y política del mundo. Antes creíamos que la mujer solo servía para zurcir calcetines al marido y para rezar. Ahora sabemos que los lloros y los rezos no sirven para nada. [...] Antes no había más que dos caminos para la mujer: el del matrimonio o el de la prostitución; ahora ante la mujer se abre un nuevo camino, más ancho, más noble: ese camino nuevo de que os hablo, dentro del hambre y el caos actuales, es la lucha consciente por la emancipación proletaria mundial.³⁰

²⁹ *Ibid.*, p. 145.

³⁰ *Ibid.*, pp. 199-200.

La portavoz de la causa obrera que retrata Carnés en estas páginas de la novela remite a los carteles revolucionarios del momento. La obrera que arenga a la masa se encuentra además embarazada, lo que señala que el periodo de la «mujer célibe» a la que se refiere Kollontai en su ensayo programático sobre la revolución afectiva que trae consigo el comunismo³¹ constituye una fase de transición que permitirá a las mujeres recuperar su papel de compañeras sentimentales y madres sin renunciar a la seguridad e independencia que proporciona una vida laboral propia. Hasta aquí nos hemos ocupado de las limitaciones ideológicas que mantienen a las trabajadoras españolas atadas a formas de dominio que les imponen la religión antigua y la nueva ofrecida por el capitalismo. Pero me parece revelador atender también a la manera en que la prensa del momento, con la excepción de rotativas comprometidas con los espacios políticos del mundo obrero, cubrieron la huelga mencionada, distorsionando las reivindicaciones de los trabajadores y sobre todo poniendo el acento en la tragedia social que representaría para una ciudad como Madrid el cierre de la mayoría de sus cafeterías y bares, que algunos periodistas tildan de «ágora» ciudadana.³² La huelga se produjo tras un periodo especialmente tensionado, en el que el centro de la negociación entre camareros y propietarios de establecimientos hosteleros pasaba por la dignificación del salario, excesivamente dependiente de las propinas. Como señala Larraz³³, el Jurado Mixto de Trabajo de la Hostelería de Madrid, una estructura que se había asentado en la década anterior durante la Dictadura de Primo, debido al interés de este en importar la agenda social del fascismo italiano, declaró una subida de 10 céntimos del café para un fondo común con el que subir salarios y la supresión de las propinas, medida que no fue del gusto de muchos de los clientes y que los sindicatos venían reclamando debido al sometimiento a la arbitrariedad del cliente que aquella arraigada costumbre implicaba. Pero el acuerdo nació muerto, se produjeron fricciones acerca de la interpretación de lo acordado y el sindicato de camareros se encontró con que se les retiraban tanto las propinas como el prometido fondo común. Ese fiasco provocó una huelga que contó con un amplio seguimiento. Es sencillo que muchas de las semblanzas de lo sucedido en aquella huelga obrera de 1933 y 1934 publicadas en aquel momento resuene

³¹ En efecto, la siguiente descripción de la obrera Matilde, protagonista de la novela homónima de Karl Hauptmann, recuerda enormemente las características de la protagonista de *Tea rooms*. Véase A. Kollontai, *La mujer nueva y la moral sexual*, trad. cast. de M.^a Teresa Andrade, Madrid 1931, p. 34: «No es más que ‘una joven obrera, sola y pobre’; pero se siente orgullosa de ser lo que “es”, satisfecha de su fuerza interior y de su independencia». C. Somolinos, *La ‘mujer nueva’ ha hablado: diálogos entre Luisa Carnés y Alexandra Kollontai en ‘Tea rooms. Mujeres obreras’(1934)*, «Castilla. Estudios de Literatura», 14, 2023, pp. 833-861 y L. Hellín Nistal, *‘Tea rooms. Mujeres obreras’: una novela de avanzada de Luisa Carnés*, «Kamchatka: Revista de Análisis Cultural», 14, 2019, pp. 179-202, se han ocupado de analizar la huella que las propuestas de Kollontai dejaron en Carnés.

³² El artículo citado de Larraz – *Mujeres obreras* – resulta indispensable para valorar de manera cabal el papel que la prensa tuvo en la conformación de un sentido compartido de indisposición y hostilidad entre la población con respecto a las reivindicaciones de los trabajadores y las trabajadoras del sector de la hostelería.

³³ F. Larraz, *Mujeres obreras*, pp. 61-62.

con fuerza en los oídos de quienes hemos asistido en el periodo de la pandemia COVID-19 a la reducción de la libertad a la capacidad de «salir de cañas» por una ciudad como la mencionada. El siguiente artículo de prensa, reproducido por el ya mencionado Larraz³⁴ en su imprescindible artículo sobre la cobertura periodística concedida a la huelga, resulta significativa del sentido con que se transmitió a la opinión pública madrileña:

Ayer, el público estuvo entretenido con los incidentes electorales. ¿Pero cómo reaccionará hoy?... ¿Qué harán los contertulios?... ¿Qué harán las parejas de enamorados?... ¿Qué hará ese señor que escribe cartas, artículos que nunca le publican y novelas que nadie lee sobre la mesa del café?... ¿Qué hará esa señorita que se pasa horas y horas frente al vaso de mitad y mitad esperando a un novio que nunca llega?... ¿Qué dirán los señores que se meten en el café a “hacer tiempo”?... ¿Qué liarán, en fin, esos cientos de miles de ciudadanos para quienes el café es el eje sobre el que gira su existencia?... Desengáñese usted, esto es muy grave.³⁵

La construcción retórica del artículo es bisoña, pero sumamente perversa. El lugar clave lo ocupa la centralidad socializadora del café en la existencia de los madrileños de toda clase social, con lo que se celebra también su papel universalizador de los puntos de vista, que neutraliza toda diferencia relativa al estatus social. Larraz recupera asimismo entre las fuentes críticas con esta huelga un artículo algo inesperado de Corpus Barga, en el que este escritor de ideología republicana se muestra también consternado por el cierre de los cafés y bares madrileños, en lo que califica como una «revolución sorda» en las páginas del periódico conservador *La Nación*.³⁶ Llama la atención en estas valoraciones de la huelga la completa ausencia de información sobre las condiciones laborales de los trabajadores del sector hostelero, de datos relativos a sus sueldos o acceso a las propinas. Toda la valoración se centra en el fenómeno antropológico y social que implica tener o no a disposición cafeterías y bares como lugares de asueto, conversación y socialización para la ciudadanía madrileña, una dirección contrarrestada por la narrativa de Carnés, que ilumina la cara oculta del paraíso hostelero que la prensa de la época pretende ofrecer de la capital madrileña. Se trata de un enfoque que no nos es extraño en el siglo XXI, pero que es sin duda revelador con respecto a las dificultades para transmitir a la población los objetivos de la reivindicación obrera. Asumiendo los términos en que Nancy Fraser se ha referido a «la relación de separación-dependencia-rechazo» que el

³⁴ *Ibid.*, p. 69.

³⁵ Reportero X, *Madrid sin cafés. Ni medias de arriba, ni medias de abajo, ni a media luz los dos*, «La Voz», 1933, p. 5.

³⁶ Véase el comentario del artículo en F. Larraz, *Mujeres obreras*, p. 70: «Corpus no se refiere a la revolución obrera, sino a la exageración de las consecuencias que el malestar de la sociedad burguesa podría haber llegado a sentir ante el cierre de su principal centro de relación social. El texto se urde en torno a la hipérbole sobre el papel social y cultural que cumplen los cafés, hipérbole que pone a disposición de una interpretación irónica constante «más fuerte también este nexo social en muchos casos que el de la familia», «el café ha sido la mejor universidad española», etcétera. Como en los otros textos periodísticos, su artículo se centra en la clientela y no en las demandas que han motivado la noticia».

capitalismo establece entre reproducción y producción³⁷, el enfoque dirigido al conflicto laboral de los trabajadores con los propietarios de cafeterías y salones de té como el retratado en *Tea rooms* eclipsa de manera radical las condiciones materiales de la reproducción social de los cuerpos. Situaciones como el cansancio producido por la explotación o la impotencia derivada de sueldos que impedirían diseñar ningún plan de vida estable sencillamente no se toma en consideración. El discurso sobre lo sucedido hace completa abstracción de tales consideraciones, indisponiendo al público madrileño con respecto a una protesta que les priva del acceso a uno de los placeres cotidianos más extendidos y «democráticos» de la ciudad, que ningún conflicto laboral debería poner en peligro. Una cuestión muy relevante emerge en este punto, dado que se trata de planteamientos que no atienden al cuerpo *real* del trabajador y trabajadora, sino que únicamente perciben un cuerpo *imaginado* a través de complejas redes simbólicas, bajo el que el cuerpo enfermo retorna como fantasma o como enfermedad, en aquellos casos en que logre hacer oír su voz.³⁸ La actualidad de los extendidos cuadros psicopatológicos ligados al trabajo (fibromialgia, estrés, depresión) y la culpabilización por la condición corporal como amenaza del circuito productivo revelan la cara oscura del llamado trabajo inmaterial, que no ha parado de crecer desde los tiempos del capitalismo avanzado, y nos recuerdan que el enfoque del cuerpo trabajador en Carnés goza de un enorme poder de interpelación en el presente.³⁹

5. Conclusión

Las obras de O'Neill, Nelken, Kracauer y Carnés reparan en los efectos que la explotación laboral en la década de los años 30 del siglo XX produce

³⁷ N. Fraser, *Los talleres ocultos del capital*, Madrid 2020, pp. 76-77.

³⁸ Carnés se refiere a las tensiones que atraviesan la experiencial corporal cuando, por ejemplo, refleja los esfuerzos de Laurita para modificar su aspecto con el fin de parecerse a una estrella cinematográfica como Marlene Dietrich, a pesar de su envergadura corporal y de un pelo rizado algo rebelde que se resiste a asumir el aspecto de un corte *bob*. Vd. L. Carnés, *Tea rooms*, pp. 101-102.

³⁹ López Álvarez – en *El cuerpo expuesto. Implicaciones políticas de los procedimientos de subjetivación del trabajo*. «Bajo Palabra» 33, pp. 23–48 – ha descrito con su habitual finura analítica cómo la cultura del trabajo de los 60 y 70 ha sido progresivamente sustituida por una dinámica gerencial de la mano de la intensificación postfordista de la subjetividad como baricentro de la identidad laboral, lo que ha incrementado las relaciones laborales asimétricas. López Álvarez enfoca en este contexto de exploración la progresiva elusión del cuerpo como elemento objetivo de la reflexión sobre el trabajo, de la misma manera que la aceleración de psicopatologías laborales. Cfr. este estudio con los análisis de conductas laborales patológicas en C. Dejours, *Trabajo y sufrimiento. Cuando la injusticia se hace banal*, Madrid 2009 y D. E. Méndez de la Brena, *Estados mórbidos. Desgaste corporal en la vida contemporánea*, Madrid 2022, que combinan el mandato de autoconservación con la autodestrucción del sujeto como agente social presuntamente funcional. Esta exploración crítica desemboca asimismo en la exigencia de una mayor democratización de los espacios laborales que dediquen suficiente atención a las demandas y límites que impone la corporalidad como dimensión inextricable del desempeño y la experiencia laboral, precisamente una de las demandas procedentes de la narrativa de Carnés.

en los procesos de movilización de los propios trabajadores que la sufren, con especial impacto sobre las mujeres. Pero los marcos de crítica social varían en los autores mencionados. Si bien O'Neill y Nelken confían en que el levantamiento espontáneo de las masas y los cambios normativos en sintonía con legislaciones laborales como la que sanciona la Constitución de Weimar transformen el paisaje de la sociedad española, haciendo valer los intereses del proletariado, Kracauer y Carnés, sin abandonar su posicionamiento político, observan con mayor detalle los obstáculos que la socialización de los mismos trabajadores impone a su emancipación. Esta segunda navegación de la crítica social incide en la manera en que el ocio – consumo, cine, teatro comercial, literatura popular – ha entrado en la vida de los obreros para vincularlos aún con más fuerza a su posición subalterna. Ambos autores se detienen con especial detalle en la manera en que el entretenimiento capitalista seduce el deseo proletario precisamente para modificar sus aspiraciones y adormecer su conciencia de clase, haciendo mella especialmente en la preocupación de las mujeres por granjearse un «capital erótico» que les permita ascender en el estatus social. Carnés señala el imaginario procedente de la Unión Soviética como el mejor fármaco contra la indolencia que manifiestan las compañeras de Matilde en el salón de té, pero se trata de un anhelo que no se ve satisfecho con la hegemonía de códigos estéticos que incentivan la competitividad entre individuos. Solo el tiempo confirmaría la razón que asistía a esta autora en la descripción de las trampas en que la clase trabajadora no paraba de caer y de las concesiones que no dejaba de regalar a las clases más pudientes, cuyas consecuencias debemos conectar en el presente con dispositivos de control mucho más complejos.

Con todo, el ocaso de la movilización obrera narrada por Carnés contiene un potencial crítico notable, que interpela a las subjetividades frustradas y desafectadas de las promesas de felicidad y consumo del capitalismo, como es el caso de Matilde. Esos psiquismos son precisamente los llamados a dejar de alimentar la rueda de una productividad laboral aletargada y fundada sobre la enfermedad y explotación de cuerpos a los que se exigen esfuerzos infinitos. Por ello es también destacable cómo para autoras como O'Neill y Carnés la transformación política debe venir anunciada por una necesaria pedagogía estética, que enseñe a interpretar como amenazas de muerte las promesas de éxito y satisfacción que la barbarie capitalista difunde en su festival semiótico. Rescatar estas obras literarias de una Edad de Plata menos conocida⁴⁰ equivale, pues, a reivindicar una apuesta estética que confía en la construcción de una sociedad diferente, consciente de las formas de dominación que la atraviesan y comprometida con su eliminación.

⁴⁰ Quiero destacar aquí mi deuda, insalvable en realidad dado el alcance de las obras rescatadas y la altura de los estudios ya realizados, con el excelente trabajo realizado por Dolores Romero y el Grupo de Investigación que dirige en la UCM, *La otra Edad de Plata (LOEP)* (<https://www.ucm.es/loep>). Su contribución ha sido imprescindible en las últimas décadas para completar los mapas de producción intelectual y ampliar la nómina de autores y autoras, de la misma manera que para contribuir al conocimiento de los temas abordados en este periodo tan atractivo de la producción cultural española.

Referencias

- Althusser, L. 1965. *Pour Marx*, París, François Maspero.
- Barga, C. 1934. *Una revolución sorda. Madrid sin cafés*. «La Nación», p. 7.
- Carnés, L. 2019 [1930]. *Natacha*. Sevilla, Espuela de Plata.
- Carnés, L. 2016 [1934]. *Tea rooms. Mujeres obreras*, epílogo de A. Plaza, Oviedo, Hoja de lata.
- Dejours, C. 2009. *Trabajo y sufrimiento. Cuando la injusticia se hace banal*, Madrid, Modus Laborandi.
- Fernández Cordero, C. 2022. *Novelas sociales sobre la “cuestión feminista” en los años 20-30*, en *‘Las mujeres que cosían y los hombres que fumaban’*. *Voces de mujeres trabajadoras en la España de los siglos XX y XXI*, R. Negrete Peña y C. Somolinos Molina (eds.), Málaga, Prensas de la Universidad de Málaga, pp. 61-89.
- Fraser, N. 2020. *Los talleres ocultos del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Gómez Díaz, L. 1983. *El teatro de vanguardia y agitación popular en Madrid durante la guerra civil*, Tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- Hellín Nistal, L. 2019. *‘Tea rooms. Mujeres obreras’: una novela de avanzada de Luisa Carnés*. «Kamchatka: Revista de Análisis Cultural», 14, pp. 179-202.
- Jiménez Díaz, A. 2024. *Fronteras de clase y género en “Tea rooms. Mujeres obreras” (1934), de Luisa Carnés*. «Cuadernos de Aleph» 17, pp. 80-96.
- Kollontai, A. 1931. *La mujer nueva y la moral sexual*, trad. cast. de M.^a T. Andrade, Madrid, Ediciones Hoy.
- Kracauer, S. 2008 [1930]. *Los empleados*, trad. cast. de M. Vedda, Barcelona, Gedisa.
- Larraz, F. 2023. *‘Tea Rooms. Mujeres obreras (novela reportaje)’ y la huelga de camareros de 1933-1934*. «Cultura de la República. Revista de Análisis Crítico» 7, pp. 58-77.
- López Álvarez, P. 2023. *El cuerpo expuesto. Implicaciones políticas de los procedimientos de subjetivación del trabajo*. «Bajo Palabra» 33, pp. 23-48.
- Luxemburg, R. 1929 [1907]. *Navidad en el asilo de noche*. «Amauta» 22.
- Marx, K. 2000. *El Capital*, libro I, tomo I, trad. de V. Romano, Madrid, Akal.
- Méndez de la Brena, D. E. 2022. *Estados mórbidos. Desgaste corporal en la vida contemporánea*, Madrid, Kaótika Libros.
- Moreno Pestaña, J. L. 2016. *La cara oscura del capital erótico*, Madrid, Akal.
- Nelken, M. 2012. *La condición social de la mujer en España*, Madrid, Horas y horas.
- Nelken, M. 2000. *La trampa del arenal*, Madrid, Castalia.
- O’Neill, C. 2021. *Al Rojo, El Paraíso perdido y Paraíso recobrado*, ed., pról. y notas de R. González Naranjo, Madrid, Torremozas.
- Olmedo Muñoz, I., & Martínez Fernández, Á. 2023. *El sentido radicalmente histórico de Luisa Carnés. Entrevista a David Becerra*, «Cultura de la República. Revista de Análisis Crítico» (CRRAC), 7, pp. 235-241.

- Plaza Plaza, A. 2019. *El teatro proletario en Madrid. Del grupo Nosotros a la compañía de teatro proletario de César Falcón (1931-1934)*, «Kamchatka. Revista de análisis cultural», 14, pp. 137-177.
- Reportero X. (5 de diciembre de 1933). *Madrid sin cafés. Ni medias de arriba, ni medias de abajo, ni a media luz los dos*, «La Voz», p. 5.
- Rodríguez, J. C. 2022. *De qué hablamos cuando hablamos de literatura*, Granada, Comares.
- Sánchez Madrid, N. 2023. *Explotación laboral, conciencia de clase y género en la literatura española de la Edad de Plata: la mujer trabajadora en La tribuna de Emilia Pardo Bazán y Tea rooms de Luisa Carnés*, «Bajo Palabra. Revista de Filosofía», 33, pp. 191-218. <https://doi.org/10.15366/bp2023.33.008>
- Sánchez Madrid, N. 2018. *'La verdad pasa a ser algo privado'. Algunas consecuencias políticas del silenciamiento del malestar laboral*, «Ideas y Valores», 67 (168), pp. 219-241.
- Santonja, G. 1979. *La novela proletaria (1932-33)*, 2 volúmenes, Madrid, Ayuso.
- Somolinos Molina, C. 2023. *'La 'mujer nueva' ha hablado': diálogos entre Luisa Carnés y Alexandra Kollontai en 'Tea rooms. Mujeres obreras' (1934)*, «Castilla. Estudios de Literatura», 14, pp. 833-861.

Nuria Sánchez Madrid
Complutense University of Madrid
✉ nuriasma@ucm.es